

EL AYER, EL HOY Y EL MAÑANA INTERNACIONALES

INTENTO INTERPRETATIVO DEL ACTUAL
VÉRTIGO INTERNACIONAL

EN más de una coyuntura hemos respaldado una interpretación, a la cual queremos nuevamente aludir, ya que toda reiteración, respecto de tal apreciación, nunca nos parecerá fuera de lugar. Decíamos, desde estas mismas páginas, que la ventura o el desacierto de todo estadista, cuya misión consiste en perfilar la política internacional de su país, dependerá de cómo conjugue y manipule dos elementos de acción, uno de ellos de carácter necesario, otro sobre el cual puede proyectarse la voluntad e incrustarse la inspiración. Expresado en términos de moderna técnica: un factor geopolítico y otro maleable; del primero no puede prescindirse, y el segundo ha de utilizarse en función de aquél. No siempre los dos factores reseñados actúan con el mismo grado de protagonismo, y de ahí el acierto del hombre de Estado, que consiste en calibrar la respectiva proyección de cada uno de ambos elementos de juicio. Si la mencionada tabla de valores la proyectamos con perspectiva histórica, nos será fácil explicar cómo algunos pueblos han podido realizar a lo largo de los siglos una política internacional que pudo servir sin discontinuidad sus intereses, en tanto otros, a través de una cadena de vaivenes y rectificaciones, han visto cómo el protagonismo, a cuya captación tendían, se escapaba de sus manos, de modo irremediable. La incapacidad para manipular ambos elementos de juicio, nos explicará al propio tiempo desenlaces de otro modo sorprendentes: pueblos dotados de potencia, que han malogrado sus posibilidades de dirigismo internacional, en tanto otros,

débiles e incluso vencidos, han podido capturar de nuevo sus facultades de acción, momentáneamente enajenadas.

Cuanto dejamos reflejado en las anteriores líneas tiene perfecta aplicación al caso de Corea y servirá al propio tiempo para explicarnos la angustiosa perplejidad padecida por cuantos aseveran que la acción de las tropas de las Naciones Unidas, en Corea, sólo puede conducir a un callejón sin salida, y si este anticipo de un epílogo es cierto, resultará del diagnóstico, que en tierras coreanas, el desenlace sólo está al alcance de China, país que dispone de una libertad de acción que no está a disposición de las fuerzas expedicionarias. Lo que es aún más evidente, puede sintetizarse del siguiente modo: desde que en junio de 1950 se inició la ofensiva de los coreanos del Norte, hasta el momento de redactar estas glosas, la iniciativa ha correspondido siempre a los llamados agresores. Es cierto que el general Mac Arthur, en el mes de octubre, ha desencadenado una espectacular ofensiva a espaldas de los agresores, tras un desembarco, al cual se le asignaban posibilidades decisorias, pero no lo es menos que la entrada en acción de los sedicentes voluntarios chinos alteró todos los presupuestos del problema militar, convirtiendo una denominada marcha victoriosa hacia las orillas del Yalu en una retirada de todos conocida. Si el espectador intrigado e incluso perplejo se preguntase el por qué de esa especie de acordeón bélico, cuyos fuelles se dilatan o se comprimen en una u otra dirección, le sería dable poner fin a esa especie de angustiosa hermenéutica, pensando en lo que significan dos coyunturas geopolíticas distintas: la de los agresores y la de los que intentan repeler la agresión y sancionar con la derrota al que ha calculado la ley internacional. Los chinos disponen de dos ventajas, que no están al alcance de Mac Arthur: primero, actuar desde líneas interiores, contando, a sus espaldas, no sólo con las reservas chinas, sino con las armas que Rusia les facilita; segundo, disponer de una línea de absoluta impunidad, la del Yalu, más allá de la cual no han llegado, ni llegarán, las fuerzas terrestres de las Naciones Unidas, ni siquiera la acción de sus efectivos aéreos. A ese maniatamiento aludió angustiosamente Mac Arthur, como explicación, honesta e irrefutable, de los reveses sufridos por las fuerzas a sus órdenes. En contraste, las fuerzas coaligadas expedicionarias no cuentan más que con la superioridad aplastante en el mar y en el aire, instrumentos específicos de los que actúan desde

las líneas exteriores, como ha sido siempre el caso de las talasocracias y ahora diremos también de lo que pudiéramos denominar aerocracias.

Todo lo que antecede es de tal modo evidente que a la experiencia coreana es preciso atribuir, no sólo el plan de rearme astronómico, que los Estados Unidos están en vías de llevar a cabo, sino las modalidades del mismo. No hace más de cuatro meses, la distribución presupuestaria de los Estados Unidos se repartía por este orden de preferencias: ejército del aire, de mar y de tierra. Ahora, las enseñanzas colectadas en la contienda coreana han traído a primer plano las atenciones a la marina, a la aviación embarcada y al ejército de tierra, sin descuidar la aviación, que también merece atención especial. Pero estamos bien lejos de aquellos días en que el general Carlos Spaatz, ex comandante supremo de las fuerzas aéreas norteamericanas, nos brindaba una imagen anticipada de la guerra del futuro, reflejada en esta frase simbólica: «Un avión, una bomba, una ciudad.» Spaatz se refería a la atomización de las ciudades. De ser cierta tal apreciación, unos cuantos bombarderos que cumplieran adecuadamente con su misión en Rusia, distribuyendo convenientemente unas cuantas bombas atómicas paralizarían la acción del coloso eslavo. Todo ello podría realizarse desde bases norteamericanas, utilizando a tal fin los superbombarderos, con un radio de acción de 16.000 kilómetros. Esta interpretación anticipada de la guerra del futuro no parece que haya sido precisamente reforzada por la experiencia coreana. No deducimos consecuencias definitivas de lo sucedido en Corea, ya que una guerra futura, no reducida espacialmente como la coreana, habrá de dar pie para otras realizaciones, cuando las ofensivas no tropiecen con topes irrebables, como el río Yalu. Además, si algo nos parece indicado a propósito de la aventura coreana, es el no dejarnos influir por consideraciones de índole local, intentando rebasar el área de la lucha y proyectando nuestra atención sobre más dilatados horizontes. Es lo que intentaremos realizar a renglón seguido.

Cuando la contraofensiva de Mac Arthur, posibilitada por desembarcos, a espaldas de las tropas agresoras, en el supuesto de que China se hubiese abstenido de intervenir, no por ello se habría resuelto el problema. Si suponemos que a estas alturas las tropas de Mac Arthur estuviesen instaladas en las orillas del Yalu, y Corea ocupada en su integridad por las fuerzas de las Naciones Unidas,

no por ello se habría eliminado la incógnita coreana. Pensemos ante todo, en la dificultad de instaurar una determinada unidad política coreana, tras una guerra, que aun cuando contó con aportaciones del exterior, esencialmente fué una guerra civil, cuyo origen debemos buscar en el acuerdo rusionorteamericano, creando dos zonas de ocupación, respecto de las cuales cada uno de los ocupantes, en mayor o menor medida, trató de expandir su respectivo credo político, creando así, no tan solo una división geográfica, al norte y al sur del paralelo 38, sino dos porciones, idealmente dispares, aun cuando el ocupante nórdico, por ser portador de principios políticos más adecuados al medio ambiente, logró dejar más acentuada la huella. Con tal procedimiento, lejos de preparar condiciones políticas para instaurar la paz y la unidad coreanas, los ocupantes dejaron sembrada una excisión, respecto de cuyos efectos en el futuro toda profecía resultaría aventurada.

Al consignar lo que antecede no queremos significar que Corea, madura políticamente para regir soberanamente sus destinos, hubiera alcanzado plena eficiencia como nación independiente. Acaso le faltaba aprendizaje y aquí, una vez más, los norteamericanos, con su complejo anticolonista, estimaron preferible quemar las etapas y no situar a Corea en condición de fideicomiso, que deparase posibilidades a los coreanos para alcanzar, después de una etapa de tránsito, mayoría de edad política. Corea, por evidentes motivaciones de índole geopolítica, durante un amplio lapso de tiempo había actuado en calidad de nación sometida, primero a China y, más tarde, al Japón, y la Historia, cuando se reitera en la medida que nos ofrece el pasado coreano, es porque en su trayectoria obedece causas explicativas de tal supeditación. Primero, dependiente de China, después protectorado nipón y, finalmente, anexionada al Mikado, Corea venía a representar en cierto modo un papel parecido al destino que la historia había reservado a Polonia, desde fines del siglo XVIII, como manzana de discordia entre Rusia, Prusia y Austria, desavenencia que sólo pudo ser temporalmente eliminada mediante el sistema de los repartos, que, realizados en el siglo XVIII, tuvieron nueva manifestación en el cuarto reparto polaco de 1939.

Así resulta que el destino geopolítico de Corea, al menos a juzgar por las experiencias acumuladas a lo largo de más de un siglo, se traducía en la consecuencia de que Corea resultaba ser

un puente entre dos inclinaciones expansionistas, unas provenientes de la China como nación geocrática y otras arrancando del Japón como potencia talasocrática. Resulta así ser Corea una tierra de tránsito y no fin de una etapa. Si hoy China considera que la presencia de tropas norteamericanas en el Yalu constituye para Pekín una visible amenaza, el Japón siempre ha esgrimido el argumento, en cierto modo impresionante, de que Corea, en manos extranjeras, es como una pistola cargada, que apunta al corazón del imperio nipón. Sobre estos aspectos de la cuestión hemos de tornar en otra parte del presente trabajo. Si ahora hemos aludido a esa complejidad del problema coreano, fué con el específico propósito de salir al paso de ciertas alegaciones exculpatorias del confusio-nismo ahora imperante en el mundo. A este aspecto del problema aludía un pensador británico, desde hace tiempo residente en España y muy compenetrado con nuestros medios intelectuales, al valorar, con superlativa benevolencia, lo por nosotros escrito en el libro que lleva por título *El Pacto Atlántico (La tierra y el mar frente a frente)* (1).

Nos decía el citado ensayista británico: «Vivimos en una época en que los hechos se suceden con demasiada velocidad para la mentalidad humana». La advertencia es cierta, pero tal vez sería oportuno indagar si ese desacompasado vivir proviene, como se cree, de una agudización en el proceso de la dinámica político-internacional o si esta supuesta incapacidad del hombre actual para la previsión dimana del estado de dispersión del mundo, desparramamiento engendrado a su vez por alteraciones acaecidas en el reparto del poder sobre la tierra. Parece evidente que toda la maniobra rusa al otro lado del telón de acero, parapeto que ha parado a la U. R. S. S. tantas posibilidades para alimentar su sistema de la guerra fría, no sería realidad sin el precedente de la rendición incondicional, impuesta al pueblo alemán, ya que la presencia de Alemania impediría la impunidad de tales maniobras disolventes. Algo semejante es dable decir a propósito del problema coreano, situado en primer plano, por la coyuntura que se presentaba a China de reanudar una vieja política, facilitada su realización por la ausencia del Japón. No se olvide que el Japón en los últimos cincuenta años ha constituido el único elemento de

(1) Editorial Instituto de Estudios Políticos, 683 págs. Madrid, 1950.

equilibrio frente a la presión de la geocracia eurásica. Escamoteado el freno en Europa y en Asia, todo lo que después aconteció era de tal modo previsible, que uno no puede explicarse adecuadamente cómo pudo ser tan prominente la miopía del mundo occidental. De ahí nuestra sospecha de si no es el sucederse vertiginoso de los hechos lo que sume al mundo actual en su presente confusión, sino un dislocamiento de la realidad existente en 1939, sin haber pensado cómo había de ser reemplazada esta última.

A las consideraciones precedentes sería preciso añadir otro reparo, acaso no fuera de lugar. El mundo occidental padece una obsesión: la del diferimiento. Se huye de cuanto implique abordar los problemas en su exacta significación y, especialmente, hay como un deseo de soslayar los epílogos, sobre todo si se prevé que éstos pueden venir envueltos en acciones coercitivas y decisivas. Menos mal si esa preocupación de huir de complicaciones, desembarazándose para ello incluso de preocupaciones de carácter ético, fuese practicada de manera clara. No es así; de un lado, se acude a elementos calificativos de índole jurídica, para después desdenarlos y adentrarse en el peligroso camino de las negociaciones que más bien tienen el perfil de componendas. Un ejemplo, entre otros muchos, nos lo brinda el caso de Corea; en el seno de las Naciones Unidas, a petición de Norteamérica y sumando adhesiones, muchas de ellas consentidas, no sin ofrecer resistencia, se declaró a China nación agresora. Los que sumaron sus votos a ese sistema calificativo, propugnaban al propio tiempo el mantenimiento de negociaciones con el agresor e incluso los Estados Unidos no han opuesto su veto a la acción de esa curiosa y sorprendente comisión de buenos oficios, cuya sola existencia implica colocar en un pie de igualdad al agresor y al agredido. Entre lo fáctico y lo jurídico, cuando, como en este caso ocurre, se aprecia indudable contradicción, se intenta anteponer lo primero a lo segundo, y esa actitud, en definitiva, se traduce en la triste consecuencia de que el frente polémico del llamado mundo libre se agrieta y debilita, y en la perplejidad que ello engendra encontrarán siempre posibilidades de maniobra los calificados de agresores.

Un día y otro se nos dice en ambas orillas del Atlántico que ha sido definitivamente enterrada la política rooseveltiana, calificada de perniciosa y asentada sobre la técnica del apaciguamiento. Sería

curioso saber lo que replicarían esos detractores de la citada política, si se les interrogase respecto a lo que constituye actualmente la política del mundo occidental respecto de China a propósito del problema coreano, y si no representa, en esencia, una nueva versión de la política de apaciguamiento. A no ser que se nos diga que el paralelo 38, lejos de constituir inicio topográfico de la agresión, debe considerarse como una especie de tierra intocable, como si así se calificaran las tierras situadas al Norte del río Yalu. Esta última versión cuenta con decididos valedores en el campo occidental. Recuérdese cómo Attlee, recientemente, prevenía a los norteamericanos, conminándolos a no cruzar el paralelo del pecado. Una vez más, lo fáctico se antepone a lo jurídico. No se trata, pues, de un problema de velocidad, sino de una cuestión calificativa, a la cual hay que atenerse.

¿ES COREA UN CALLEJÓN SIN SALIDA?

Cuando se afirma que la dificultad de solucionar un problema internacional está en razón directa de la complejidad de tal problema, contiene, se dice, una parte de la verdad, pero no toda la verdad, ya que en ocasiones la perplejidad que se apodera de quien enfoca una cuestión espinosa de política internacional, pende, no tanto de su dificultad substancial, cuanto del modo de plantear el problema de que se trate. Una cuestión exactamente enfocada, es problema a medias resuelto.

Las anteriores consideraciones no tienen tan sólo valor meramente ocasional; nos parece que encierran indudable peso y pueden manipularse como regla genérica, aplicable a los problemas internacionales, tan angustiosos como los presentes. Esas cuestiones internacionales, de cuya acertada solución depende la paz y la estabilidad del mundo postbélico, fueron planteadas en los días epilógicos de la guerra, y como a la sazón parecía más cómodo soslayar los problemas que enfocarlos en toda su inquietante complejidad, se creyó indicado aceptar como base normativa de acción una auténtica monstruosidad jurídica, reflejada en la frase, carente de sentido ético, de la rendición incondicional. Obrando así se suprimía radicalmente todo cuanto significase diálogo entre vencidos y vencedores; esa era la finalidad perseguida, sin duda porque a

la sazón no resultaba posible instalar otra clase de epílogo. El sistema de la rendición incondicional, para los más, significaba dureza extrema aplicable al vencido; pero no era esa la realidad, ya que, en esencia, esa frase hueca se quiso utilizar como artilugio para ocultar las abiertas y medulares disparidades que separaban a los vencedores entre sí respecto al problema, consistente en determinar cuál había de ser el estatuto del mundo postbélico. Se introducía así un factor de contingencia e indeterminación altamente peligroso; cinco años después de terminada la guerra, para nadie es un secreto calibrar lo que aquella interinidad implicó; no sólo por cuanto se dilataba temporalmente la conclusión de la paz, sino porque la candidez de los unos y la miopía de los otros permitía crear un clima adecuadamente propicio para que el sistema de la guerra fría se practicase sin discontinuidad. De todo ello resulta, que los pueblos de Occidente, vencedores, especialmente los Estados Unidos, viviendo la ilusión de aplazar un problema (y el diferir los problemas internacionales implica su fatal agravación), en realidad lo que otorgaban era una prima a Rusia; tal ventaja temática y polémica de la U. R. S. S. es de fácil demostración, y bien merece ser considerada con un poco de calma.

La cláusula de rendición incondicional, con su consecuencia —el aplazamiento de los problemas planteados—, parecía obligar a quienes la impusieran a no tomar determinaciones definitivas, en tanto no se concertasen los tratados de paz, creando un estatuto jurídico, cuya erección automáticamente pondría fin a la situación inestable en que vive el mundo a partir de 1945. Sin embargo, no fué así; uno de los beligerantes, por lo menos, no sólo practicó el sistema de los hechos consumados, sino que violó abiertamente, no ya cláusulas insertas en las estipulaciones de la Carta de las Naciones Unidas, sino tratados de paz signados, ratificados y por ende obligatorios. Lo primero, practicando intervenciones en países satélites e imponiendo regímenes políticos controlados plenamente desde el exterior; igualmente decretando unilateralmente la línea Oder-Niessen y anexionándose tierras tan incuestionablemente alemanas como la Prusia Oriental, la Pomerania y una parte de Silesia. Lo segundo, incrementando las fuerzas armadas de los Estados clientes, en proporción que excedía ampliamente lo preceptuado en tratados de paz. En contraste, las potencias occidentales no se atrevieron a practicar un parecido sistema en lo que al rearme

de Italia respecta, y su inacción se debió a la oposición moscovita. De ese modo Rusia practicaba en propio beneficio la ley del embudo, rearmando al mundo balcánico e impidiendo un parecido rearme, no tan sólo en Italia, sino igualmente en Alemania. Logrando plenamente la realización de sus específicos objetivos, conseguía Rusia agravar la ya bien dramática desproporción de las fuerzas armadas del Este y del Oeste, desigualdad que venía a fortalecer las posibilidades de la guerra fría, cuya trayectoria, desde 1945, se ha traducido en beneficio de quien la esgrime sin discontinuidad.

Menos mal si los errores padecidos por los occidentales se redujesen a los consignados. Desgraciadamente, la situación venía agravada por la instauración del sistema de ocupaciones en zonas, que si originariamente fueran distintas, bien pronto pudo percibirse que la coordinación de las occidentales era plenamente posible, en la misma proporción en que se acentuaban las disidencias entre el Este y el Oeste. Así, las líneas divisorias de ocupación, que en un principio se concibieron como provisionales, adquirirían el perfil y la figura de consumadas, con lo cual se destruía una posibilidad, que era de imposible aplazamiento indefinido (mantener a los vencidos, especialmente al Japón y a Alemania, al margen de todo protagonismo). Por ello cuando los occidentales creyeron llegada la hora de proceder al rearme de Alemania y el Japón y consideraron fuera de lo prematuro el reinstalarlas en su plena soberanía política debieron percatarse de que aquella aspiración resultaba prácticamente irrealizable por dos motivos, a cual más evidente. De un lado, Alemania, dividida en dos sectores hostiles, no por lo que sean entre sí, sino porque tal condición se deducía de la irreductibilidad de tesis en presencia por parte de los vencedores, no estaba dispuesta a aceptar la terrible solución de armarse una parte de la misma frente a la otra, situándose así en posición de potencial guerra civil. Esa repugnancia a tolerar tal epílogo puede explicar satisfactoriamente la aparición de una poderosa corriente pacifista en el seno del pueblo alemán, reacción de otro modo inexplicable, tratándose de una nación de tan clara, continua y brillante tradición militar. Al propio tiempo, en el Japón (al cual el general Mac Arthur, en su mensaje de 1 de enero 1951, promete otorgamiento de independencia y restauración, para fines defensivos, de su poder militar), nos encontramos con pro-

blemas no menos graves que aquellos planteados en tierras alemanas. El Japón cuenta con ochenta millones de habitantes; no dispone, en cantidad suficiente, ni de materias primas, ni de alimentos, ni de tierra arable. Por ello debió buscar compensación a tales carencias en Formosa, en el sur de Sajalin, en Corea, en Manchuria. Hoy el Japón ha sido privado de todos esos apéndices complementarios de su economía y el terrible problema que esa carencia plantea, no ya sólo al pueblo japonés, sino a los Estados Unidos, no es de fácil solución, tanto más cuanto que la independencia del Japón no puede considerarse como resuelta en tanto no lo sea el problema coreano, ya que en la península coreana, si se instalase la China comunista o un régimen más o menos controlado desde el norte, la soberanía del Japón sería tan sólo nominal. Es lo que debe tener presente Norteamérica: el Japón se ha superindustrializado para resolver el problema de su plétora demográfica, pero la superindustrialización requiere materias primas y mercados; éstos y aquéllas han de serle procuradas al Japón.

Todo cuanto precede puede explicar adecuadamente lo que está sucediendo en Corea desde el mes de junio: en función una guerra entablada en torno a un paralelo que no debiera tener más significación que la de otro cualquiera, situado fuera de esas tierras litigiosas. Sin embargo, a caballo de una serie de ficciones, a dicho paralelo debió asignársele significación que de otro modo no encurriría. Es hora de recapitular tales ficciones, si es que pretendemos derramar un poco de luz respecto al problema coreano, no tan complejo por naturaleza y destino, como lo es actualmente a impulsos de errores reiterados que han abierto un camino polémico, del cual nadie, al parecer, logra evadirse.

En Corea, como en otras partes de Asia, se registra la repercusión perniciosa de ciertos conceptos, extremadamente disecados, provenientes de Norteamérica. Aludimos una vez más a esa inclinación anticolonista, tan fuertemente arraigada en los medios políticos norteamericanos. Se creyó en Washington, de buena fe, que el colonismo, no sólo pertenecía irremediabilmente al pasado y era no sólo improrrogable, sino factor determinante de confusiones en el mundo internacional; de tal modo, que se pensó en la necesidad de su eliminación mediante una simple receta: poner término a determinados irredentismos, trocando el sistema metropolitano por la manumisión de los pueblos coloniales. El sugerido

remedio no podía conocer una excepción en Corea, y sin considerar que aquellas tierras, por unas u otras razones, desde hace muchísimos lustros, están mediatizadas por la proyección de soberanías extrañas, se creyó necesario registrar la independencia coreana; mas como no podía decretarse *per saltum*, se consideró indicado establecer una ocupación militar al norte y al sur del paralelo 38; así se convirtió Corea en un auténtico laboratorio, en el cual reazarían sus experiencias, separados por un paralelo simbólico, rusos y norteamericanos. Las coyunturas de uno y otro ocupante, en lo que atañe a los riesgos y ventura de su proselitismo, era substancialmente distinta. Al Norte iba a instaurarse un régimen político más adecuado a las inclinaciones del mundo asiático; al Sur se quiso ensayar una especie de aprendizaje democrático, que había de resultar claramente exótico e inadecuado para un pueblo al cual los azares históricos le habrían privado de aquellas coyunturas precisas para adentrarse en el camino de la educación política. Así, resultó que en Asia se reiteraba la misma experiencia de Alemania, ya que en ambos sectores del mundo viene desde 1945 funcionando un sistema de ocupación militar llamado a nutrir dialécticamente las disensiones de occidentales y orientales.

En Corea el problema ha sido objeto de agravación desde junio de 1950; allí está siendo realidad una guerra civil, alimentada y sostenida por elementos no coreanos. De ello resulta que si Corea no estaba preparada políticamente para producirse y actuar en cuanto a nación, ahora la noción de la disparidad, alimentada temáticamente a lo largo de diez meses de lucha del Norte contra el Sur, ha venido a provocar la agravación del problema, de tal modo, que el coreano del Norte considera que su misión es luchar contra el del Sur y viceversa. Frente a estas realidades bien poco significan esas reiteradas invocaciones a la necesidad de instaurar en Corea la unidad política.

Cuando redactamos estos comentarios, una vez más, se habla de la conveniencia de no traspasar el paralelo 38, apoyándose en la consideración de que en Corea no parece que pueda asentarse la hegemonía de uno de los contendientes, lo cual hace pensar en la conveniencia de alcanzar una paz sin vencidos ni vencedores e incluso se propugna como solución el tornar al *statu quo* existente antes de producirse la agresión nórdica en junio de 1950. Por extraña que parezca esta sugerencia, lo cierto es que ha sido respal-

dada incluso por un columnista de tanta reputación como lo es Walter Lippmann. Veamos cuál es la tesis del conocido columnista norteamericano.

Para Lippmann la lucha en Corea ha quedado en tablas en la parte central de la península; el objetivo norteamericano no es el de pacificar toda Corea y unirla bajo un solo Gobierno. Lo esencial es convertir la actual ofensiva china en indecisa y costosa, para así destruir el mito de la invencibilidad de las huestes de Mao. La experiencia coreana no sólo tiene valor en sí misma; debe servir como advertencia a China respecto de los riesgos que para ella implicaría el reiterar en el sureste asiático lo realizado en Corea. Esta guerra está siendo conducida de acuerdo con un valor entendido, aun cuando no escrito ni negociado; a tenor de ese acuerdo implícito, en compensación del reconocimiento del «santuario» intocable al Norte del Yalu, se reconoció libertad de acción norteamericana en el aire y en el mar. Así la guerra se redujo implícitamente a la península coreana, ya que ni Norteamérica ni Rusia tenían nada que esperar de la universalización de la lucha. Por ello ahora no debe negociarse un armisticio, sino practicar el sistema del *wait and see* hasta que en el campo de batalla se haga perceptible que la lucha quedó en tablas. Llegado el instante de reconocer tal situación lo mejor sería tornar a la situación de 1945, ya que si Rusia no quiere una Corea democrática los Estados Unidos no transigirían jamás con una Corea comunista. Esta triste conclusión no representa la última palabra sobre el problema coreano, ya que puede llegarse a una solución por acuerdo de aquellas potencias que la Historia muestra como particularmente interesadas en el pleito coreano (Rusia, China y Japón). Japón está ausente; China de Mao no ha sido reconocida por los Estados Unidos, que circunstancialmente representan al Japón; Norteamérica no permitiría que el futuro de Corea fuese decidido sólo por Rusia. De ahí la necesidad de un período de transición que, en tanto perdure, permitiría a determinadas naciones asiáticas instalar una especie de mayordomía en Corea, en espera de que pueda establecerse un régimen definitivo. Por ello si Nehru y Lihouat sugieren una solución que permita la retirada de las fuerzas contendientes, con ello habrían derramado un rayo de luz, precedente de un nuevo y más claro día.

Tales son las alegaciones de Lippmann, que hemos intentado

esquematar con la mayor fidelidad posible. Esa tesis ha encontrado eco, no sólo implícito, en ciertos medios militares norteamericanos, sino en cronistas españoles de política de tan reconocida competencia como Andrés Revesz (*A B C* del 20 y 21 de febrero de 1951). Para Revesz el ideal sería la constitución de una Corea unificada, pacífica y orientada hacia las democracias, pero a ello se opondrían las suspicacias de los chinos y rusos y la idiosincrasia de los coreanos, y como en política frecuentemente el ideal es necesario reemplazarlo por el mal menor, la solución sería preservar la Corea del Sur del virus comunista, ya que el restablecimiento del *statu quo* puede ser la solución menos onerosa, con la instalación de la antigua frontera, que, por arbitraria que parezca, representaría un mal menor, si no brillante, por lo menos aceptable y no humillante. Esa solución, según Revesz, daría satisfacción a las partes discrepantes: «Los norteamericanos podían justificar su intervención con haber salvado del derrumbamiento al régimen de Syngman Ehee; los chinos dirían que han conseguido alejar el peligro de su frontera del Noroeste, y, lo que vale más, se restablecería la confianza y la armonía entre los aliados.»

Si el lector consultó reposadamente la tesis que acabamos de reflejar acaso piense que hemos incurrido en notorio error al rotular este comentario en forma interrogativa, ya que el problema coreano tiene posible solución, y del sedicente callejón sin salida pueden libertarnos las exégesis y sugerencias de Lippmann y de Revesz. Esta posible interpretación bien merece un esclarecimiento. Lippmann, al consignar sus conclusiones, nos habla de una triste deducción —*dismal conclusion*—, y Revesz del *mal menor*; uno y otro rótulo tienen sabor clásico, ya que nos transportan, por explicable asociación de ideas, al primer tercio del siglo XVI, cuando Maquiavelo, enfocando el problema de la atomización política italiana y considerando que su tierra estaba ocupada por lo que él denominaba bárbaros, deducía que no siendo asequible el ideal de la unidad italiana debía optarse por el mal menor, propugnando que la ocupación de los bárbaros se continuase. Ese era el mal menor, tesis que, inicialmente referida a un problema nacional, fué internacionalizada cerca de siglo y medio después en Westfalia, al propugnarse la conveniencia de que Europa no conociese la hegemonía de ninguno de sus más destacados protagonistas. Así nacía en la política internacional un perfil de inestabili-

dad, antesala de la angustia que se había de ofrecer a Europa, como clima espiritual, a lo largo de cuatro siglos. De todo ello parece inferirse que el sistema del *mal menor* o de la *dismal conclusion* encierra todos los riesgos inherentes a la actitud de aplazamiento de problemas que, al ser diferidos, necesariamente se agravan. Si esta interpretación es aceptable será preciso añadir a lo reseñado algo que, a nuestro parecer, encierra perceptible importancia. Queremos decir que el diferir los problemas encierra siempre el peligro de su extensión en el espacio. Esa ley a tenor de la cual lo temporal se conecta indefectiblemente a lo espacial, evidente en todo tiempo, se ha agudizado en el curso de las dos guerras últimas, como lo evidencia el recordar hasta dónde fué posible a determinados Estados vivir al margen de ambas contiendas, más en la primera que en la segunda. Hacemos hincapié en este aspecto del problema porque aduciendo en tal sentido acaso replicaremos adecuadamente a cuantos abogan por el retorno del *statu quo* como medio de evitar que la guerra coreana se universalice. Ello por la sencilla consideración de que un problema aplazado y que requiere solución, por ese solo hecho ve incrementada su complejidad y agudizada su agravación. Tornar a la situación de 1945 vale tanto como reintegrar el problema a su fase inicial, con todos los inconvenientes que implica esa táctica de la marcha atrás, sobre todo tratándose de un país como el coreano, que geopolíticamente considerado ocupa una posición de riesgo sumo. Así nos lo enseña la Historia, ya que prácticamente Corea, desde hace tres siglos, no es efectivamente soberana: primero, Estado vasallo de China; después, protectorado nipón, y más tarde, anexionado al Japón, de cuya situación se liberó en 1945, fecha en que se inaugura el sistema de la ocupación militar bipartita, instalada a un lado y a otro de un paralelo con significación geográfica, pero sin notoriedad política, como lo reconoce claramente el propio Lippmann al decirnos que la partición militar de 1945 es lo mejor que puede aconsejarse, ya que ni Rusia quiere una Corea democrática ni Norteamérica toleraría una Corea comunista. Pero sostener lo que precede vale tanto como respaldar la tesis de la imposibilidad resolutive del problema coreano, que no podría ser eliminado más que en el absurdo supuesto de que Rusia se democratizase o Norteamérica se comunizase. Tornaríamos sencillamente a la fase inicial de la guerra fría, con la persistencia de posiciones temáticas

y la imposibilidad de alcanzar para Corea la unidad y la libertad, doble meta que podía asegurar la paz.

Seguramente el lector de estas páginas podrá dirigirnos el grave reproche de haber perdido de vista el grave problema planteado en Corea, y al cual no aluden —por lo menos con la atención que el caso requiere— los dos exegetas mencionados. Nos referimos a la agresión plural que en Corea se ha registrado, primero por los norcoreanos y después por los sedicentes «voluntarios» chinos. A este propósito queremos una vez más tornar a las apreciaciones de Lippmann, cuando nos dice que la situación de tablas de la guerra coreana en el sector central percatará a China de que constituye serio riesgo el adentrarse en aventuras en las zonas periféricas no chinas. Pero lo que China no habrá acusado como lección —que sería más aleccionadora que la propuesta por Lippmann— es la impunidad de una agresión. De tal manera desdeña Lippmann este aspecto inescusable y fundamental del problema que cuando habla de la imposibilidad de negociar con China un alto el fuego disiente de tal posibilidad, no porque le parezca inmoral parlamentar con el agresor, sino porque Norteamérica no ha reconocido a Mao y mantiene, en contraste, relaciones con el exilado régimen nacionalista de Formosa. De ello se deduce que estamos moviéndonos en un clima de cálculo y practicabilidad, al margen de toda preocupación ética, y si hoy lo que mantiene angustiado al mundo pacífico es el riesgo evidente de una agresión, no parece camino adecuado para desterrar tan explicable temor el propugnar de modo indirecto que la agresión puede llevarse a efecto sin sanción y sin que el agresor sea situado en posición desventajosa respecto del agredido y de aquellos que respaldan la causa de este último. Recuérdese lo que a este propósito escribía nuestro Bañez, reflejando el sentir de la escuela española del siglo XVI: «No teniendo los príncipes jueces superiores en lo temporal, *ipso iure* el agresor injusto se transmuta en súbdito del príncipe agredido.» Para Vitoria había dos partes en la contienda: «una ofendida y otra que hizo la injusticia». Pero todo esto, que es tan aleccionador, por nadie es ahora rememorado.

¿BRITANIA «RULE THE WAVES»?

La noticia de que va a ser designado un almirante norteamericano como comandante supremo de las fuerzas navales de NATO (North Atlantic Treaty Organization), no sólo ha provocado una ardorosa protesta de Winston Churchill en la Cámara de los Comunes, sino una reacción disconforme de la mayoría de la prensa británica. Ello indica que el descontento provocado por ese nombramiento tiene indudables raíces en el espíritu popular de Inglaterra. Lógicamente, la propuesta no debiera suscitar reparos, ya que si se acepta el papel de *leadership* que los Estados Unidos se han atribuido y que sus aliados reconocen, la circunstancia de ser Norteamérica una talasocracia parece justificar tal designación. Pero enjuiciar así el problema equivaldría a abordarlo con excesiva frialdad, desde la lejanía y sin establecer contacto con lo que históricamente representa el mar para Inglaterra y lo que esos océanos controlados por Albión han implicado en ocasiones para el resto del mundo. Bien vale la pena de consagrar unas reflexiones a lo que incidentalmente ha implicado tal nombramiento.

Sin el control del mar hubiera sucumbido Inglaterra antes de que en 1917 llegase la decisiva ayuda norteamericana. Aún fué más dramático el trance de Albión cuando en 1940 se derrumbó totalmente el frente de batalla europeo ante el empuje incontenible de los ejércitos alemanes. Inglaterra pudo resistir porque el dominio del mar la proveía de medios para atravesar aquel período tormentoso, que había de prolongarse hasta que en 1941 las fuerzas alemanas desencadenaron el ataque contra Rusia. Todo eso es cierto, pero los británicos no debieran desdeñar una grave lección de experiencia que tuviera el Pacífico como lugar de acción, y donde los japoneses, no sólo conquistaron en menos de cien días un imperio colonial, sino que entraron triunfalmente en lo que se consideraba como muelle real de la defensa imperial (la base naval de Singapur), significando esa conquista su control sobre Malasia e Indonesia. Fué necesario que las fuerzas navales norteamericanas, en una serie de batallas sucesivas y cruentas y con un innegable espíritu de ofensiva, fuesen desalojando a los nipones de las posiciones tan fácilmente conquistadas. En el Pacífico llegó Norteamérica a su mayoría de edad, y al alcanzar esa manumisión automáticamente se convertía en la auténtica y sin plural

talasocracia. No se trata, por tanto, de improvisar un almirante respecto de cuya capacidad pudieran abrigarse dudas, sino de situar al frente de las fuerzas navales de la NATO uno de los marinos que probaron cumplidamente su capacidad. Si todo lo que antecede es evidente, ello no quiere decir que en las anteriores consideraciones se incluya la integridad del problema objeto de análisis. Existen otras consideraciones, cuyo desdén sería imperdonable, menos perceptibles; pero, ello no obstante, de innegable trascendencia. Queremos decir que un pueblo no puede renunciar fácilmente a lo que ha constituido su medula histórica a lo largo de cerca de cuatro siglos, y ese es el trance ante el cual se sitúa simbólicamente a Inglaterra, incitándola a renunciar a todo su pretérito, opción dolorosa y que bien merece un poco de consideración por parte del observador que pretenda producirse de acuerdo con una objetividad de la cual no quisiéramos nunca departirnos.

Los Estados Unidos, empujados por los azares de la dinámica política internacional, son hoy de tal modo una talasocracia que incluso alguno de sus voceros propugnan concentrar todo el esfuerzo prebélico de Norteamérica en el mar y en el aire (en otro lugar de estos comentarios aludimos a la tan traída y llevada tesis de Hoover). Pero Norteamérica debiera tener presente dos evidencias: de un lado, que Inglaterra ha llegado a un estado secundario en el mar por el esfuerzo que desplegó de 1939 a 1945; de otro, que sin el respaldo de la escuadra británica —implícitamente ofrecido por Canning— ni Monroe hubiera podido lanzar su desafío a la Europa legitimista, ni la trayectoria de Norteamérica, posterior al año 1823, hubiera tenido una tan fácil realización. Se dirá que esa alegación de méritos nada significa, de un lado, porque no se trata ahora de valorar ejecutorias, y de otro, porque lo corto en el tiempo de la experiencia norteamericana debe explicar el que los Estados Unidos no se detengan a calibrar esas invocaciones de méritos contraídos en el pasado. Indudablemente que es prudente la anterior consideración, y no nos parece desdeñable; pero conviene no tornar la espalda a la necesidad de comprender, sobre todo, cuándo Inglaterra se encuentra en un tan dramático trance histórico. Sin el dominio del mar sería gesto vano el de Enrique VIII, haciéndose pintar con una balanza sostenida por su mano izquierda, colocadas en cada platillo de la misma las casas

de Francia y España, con tan justo equilibrio que el inclinar el fiel de la balanza en uno u otro sentido dependía del lugar donde situase el monarca británico un contrapeso que prudentemente sostenía en su mano derecha para casos de emergencia. Ese cuadro simbólico lo es porque contemplándolo es fácilmente explicable la historia de Inglaterra e igualmente comprensible la supuesta perfidia que se asignara a Albión con tan simbólica reiteración. Inglaterra no aceptó jamás la signatura de tratados de alianza con propósitos de permanencia; en este particular se anticipaba a Jorge Washington, cuya tesis, contenida en su histórico «Mensaje de Adiós», es sustancialmente británica. Inglaterra, procediendo de ese modo, trabajaba *pro domo sua*, proceder que no citamos con ánimo de reproche, ya que el altruismo y la generosidad no son plantas que florezcan precisamente en el campo de la política internacional. El mar y su control permitieron a Inglaterra mantener a lo largo de siglos una situación marginal respecto del continente, lo cual no era obstáculo para que en las luchas continentales y en su proceso y posible epílogo se inspirase Inglaterra para ir nutriendo su política internacional episódica respecto de la tierra firme, pero no discontinua y menos vacilante en lo que atañía a la trayectoria internacional de Gran Bretaña. Por ello lo que ahora está en juego es la apoyatura de esa política plurisecular, que si resulta impracticable (este sería también tema a considerar y discutir) situaría a Inglaterra frente a una experiencia inédita, con todos los riesgos que lo ignorado y no contrastado porta siempre en sus entrañas.

Pudo Inglaterra cerrar el timón a la banda y conectarse definitivamente al continente, inaugurando así un nuevo período de su historia. La inclusión británica en el Tratado de Dunkerke y el Convenio de Bruselas, parecen indicar la consumación de un cambio de frente. Pero nótese que se trata de alianzas de tipo político que, dadas las exigencias actuales, resultan inoperantes por incompletas. La política internacional de los últimos años nos brinda la enseñanza bien aleccionadora, y a tenor de la cual la magnitud de los riesgos que se ciernen sobre la Europa occidental, provenientes de la amenaza del Este, requiere la adopción de medidas decisorias, y entre ellas, en primer término, la necesidad de completar lo que es mera alianza política, siempre susceptible de desconexión y, por tanto, no portadora de garantías plenas con la

conclusión de pactos de índole económica e industrial, ya que si se piensa en la unidad política de la Europa occidental, como meta alcanzable en un más próximo o alejado futuro, no debe olvidarse que las grandes experiencias agregadoras y simbióticas, como la alemana y la norteamericana, no hubiesen sido realidad sin el antecedente de una cohesión económica e industrial. Nadie duda que esa inclinación aglutinadora cuenta hoy con más eco en el continente que en la isla, ya que Inglaterra mostró claramente su falta de entusiasmo cuando se habló del Plan Schuman o recientemente de la constitución del ejército europeo.

Esa disidencia británica, que es realidad pese a síntomas aparentes que pudieran encubriarla, situaba a Inglaterra en una posición incómoda e incierta a la vez, ya que, de un lado, no parecía estar preparada para participar en los esfuerzos tendentes al logro de la integración de la Europa occidental, y de otro, si bien exteriorizaba una inclinación hacia Norteamérica, abrigando acaso la esperanza de que así no renunciaría totalmente a su papel oceánico, ello presuponía que en los Estados Unidos triunfase la tesis abandonista (no aislacionista) propugnada por el ex Presidente Hoover, éxito cada vez más alejado del cuadro de las probabilidades en la hora presente.

Estas consideraciones, no obstante su razón de ser, no afectan para nada a la explicación del malestar británico ante la designación entrevista de un almirante norteamericano para mandar la flota de la NATO. Si el reproche de Churchill encuentra eco y se logra una rectificación, ello no sólo tendría un valor de complacencia para Inglaterra; podría implicar otras repercusiones de indudable alcance, sobre todo en el orden psicológico, ya que Inglaterra, reinstalada, aun cuando fuera sólo simbólicamente, en su papel dirigente oceánico, por un explicable y hasta perdonable fenómeno de espejismo, acaso se viese impelida a prolongar una ilusión: la de que si su papel primordial seguía estando en el océano, su contribución al rearme terrestre de Europa revestiría un carácter episódico y circunstancial, incompatible con las exigencias determinadas por la existencia de un desequilibrio de fuerzas al cual urge poner término o cuando menos aminorarlo en proporción adecuada para que la Europa occidental pueda hacer frente a sus deberes defensivos en un mañana que puede ser próximo o remoto, según el ritmo del esfuerzo empujado al fortalecimiento de los efectivos europeos.

LAS DECLARACIONES DE STALIN

Se ha dicho que la virtud primordial del fallecido ex Presidente Coolidge se cifraba en su laconismo. Portador de un mutismo raramente alterado le sorprendió la muerte de Harding, que lo instalaba inesperadamente en la Casa Blanca; tal inclinación al silencio le deparó el triunfo cuando el elector norteamericano había de decidir si su entrada en la White House había de prolongarse durante un cuatrienio. El laconismo parece ser también característica de Stalin; baste recordar que desde 1946 hizo diez declaraciones, la mayoría de ellas para la exportación: siete para la prensa norteamericana, una para la británica y dos para *Pravda*. La última es la de 16 de febrero, ampliamente comentada cuando nosotros escribimos las presentes glosas.

Las afirmaciones de Stalin, como toda exteriorización de este género y alcance, han de considerarse en sentido plural; primero, en su significación ocasional; después, en lo que atañe a su sentido intencional. No todos los comentaristas de las citadas declaraciones han reflexionado inspirados en esa doble nota, que a nosotros, por lo menos a efectos metódicos, nos parece encerrar grandes posibilidades aclaratorias. Por ello hemos de atenernos a la sugerida bifurcación, seguros de que tal desdoblamiento encierra determinada trascendencia.

Como quiera que declaraciones cuales las de Stalin encierran siempre importancia, y aún más en los instantes presentes, parece indicado descartar todo supuesto de que la improvisación ha sido su causa generadora. Si nos atenemos a las interpretaciones brindadas por cuantos han intentado penetrar en el designio profundo del dictador ruso, resultará que Stalin ha roto su mutismo porque una serie de circunstancias así lo exigía. De ser cierto lo que antecede, debemos deducir que si los hechos que han inspirado a Stalin sus manifestaciones preceden con mucho a sus declaraciones, debe descartarse todo supuesto de improvisación. A tenor de lo que aseveran quienes pretenden pasar por entendidos, tres consideraciones han movido a Stalin a romper su habitual mutismo: primera, las defecciones en el seno de varios partidos comunistas, que se traducen en la práctica de *purgas* que, en esencia, son signos de alarma y debilidad, o bien en las escisiones, éstas voluntarias, re-

gistradas en el seno de ciertos partidos políticos de Occidente; segunda, la marcha de los sucesos militares en Corea, que cada vez se acusan con menos probabilidades finalistas, con detrimento de la leyenda de invencibilidad que se había adjudicado a Mao Tse Tsung después de sus éxitos continuos sobre las fuerzas nacionalistas en Asia, y con la abultada consecuencia de que acaso se plantee a Rusia el grave problema de no persistir en su táctica, consistente en el empleo de fuerzas de naciones satélites, para las cuales puede ser una experiencia aleccionadora la cosechada en Corea; tercera, la decisión del mundo occidental en el sentido del rearme, realidad que sitúa a Rusia en el dramático trance, bien de paralizar esa inclinación de fortalecimiento militar desencadenando una ofensiva o de asistir pasivamente a ese incremento castrense, que en la misma medida que avance y se consolide malbarata los designios hasta ahora fácilmente realizables de la denominada guerra fría. Todo eso puede ser cierto, pero hay algo en el contenido de las declaraciones citadas que obliga a rectificar tal versión; nos referimos a la parte inicial de dichas declaraciones, que hace referencia al problema de la sedicente desmovilización rusa. En ellas se hace alusión a las afirmaciones respaldadas por Attlee en su discurso ante la Cámara de los Comunes el 12 de febrero pasado, y como las declaraciones de Stalin fueron publicadas en la *Pravda* el 16 del citado mes, resulta evidente que por lo menos una parte de tales declaraciones fueron hijas de la improvisación. Este detalle cronológico tiene más trascendencia que la aparente, quisiera creerse, ya que puede constituir elemento de orientación adecuado, por lo menos, para desentrañar en parte las intenciones de Stalin. Se acusó a Rusia de mantener bajo las armas un ejército de 175 divisiones, con 25.000 tanques y 20.000 aeroplanos, y lo que es aún más grave, se le imputa haber violado los tratados de paz de 1947, que señalaban un límite irrebalsable de soldados a los países satélites que habían luchado aliados con Hitler, tales como Rumania y Hungría; en Hungría, 165.000 hombres (el 217 por 100 de lo previsto en el tratado), y en Rumania, 300.000 (el 216 por 100 de lo autorizado). Estas acusaciones, que Rusia no desvaneció hasta el presente, contrastaban con la actitud de Moscú cuando Italia ingresó en el Pacto Atlántico, haciendo a la sazón constar Rusia que Italia no podía sobrepasar la cifra de efectivos militares que el tratado de paz le había se-

ñalado. Estos hechos contrastaban abiertamente con los sedicentes propósitos de paz, avivados por la ofensiva de Estocolmo, y que Rusia decía patrocinar. Pero repentinamente Rusia vió un rayo de luz a través del cerco dialéctico a que la habían sometido los occidentales; ese resquicio vino de Londres y fué involuntariamente proporcionado por Clement Attlee en su discurso ante los Comunes el 12 de febrero de 1951. He aquí las palabras del *premier* británico que facilitaron a Stalin apoyatura dialéctica: «El hecho real es que nos encontramos en presencia de inmensos armamentos de la Unión Soviética y del bloque soviético. Después de la guerra jamás ha desarmado la Unión Soviética. Ha acrecentado sus armamentos y ha armado a sus satélites.» Stalin encontró medio de refutar alguna de las aseveraciones de Attlee, y se asió a la coyuntura con verdadero deleite, como lo evidencian dos consideraciones: primera, la refutación de la tesis de Attlee ocupa la parte inicial de las declaraciones de Stalin; segunda, abarca esa refutación la tercera parte de las declaraciones de Stalin; era fácil a Stalin demostrar que en 1946, 1947 y 1948 se habían desmovilizado las antiguas clases del ejército soviético. Esas aducciones de tipo aritmético habían de servir a Stalin de apoyatura para convertirlas en cimiento de una intencionada propaganda política. Hace saber el dictador ruso que no hay país en el mundo, por ingentes que sean sus posibilidades económicas, capaz de simultanear lo que requiere como desembolso el rearme con los actuales planes rusos de instalación de grandes centrales eléctricas en los ríos Volga, Dnieper y Amu-Daria, con una política de baja de precios en artículos de consumo corriente y con la reconstrucción de la economía nacional, destruída por la ocupación alemana. Stalin dedica una buena parte de sus argumentaciones a especular con base a la acusación de Attlee, y debe reconocerse que ha retirado abundante provecho dialéctico de la torpeza en que incurriera Attlee al no establecer diferencia entre el problema de la desmovilización de algunas clases en el ejército ruso y la evidencia —que Stalin se cuida de silenciar— de la llamada de nuevos reclutas para llenar las bajas producidas, reemplazo que se traduce en la evidencia de que Rusia mantiene sobre las armas 175 divisiones, a lo cual hay que unir los 600.000 que tienen bajo las armas los Estados satélites y ex aliados de Hitler (Hungría, Rumania y Bulgaria), cifra que implica una violación de los tratados de paz

de 1947, que señalan el límite global de los efectivos de esos tres Estados en 273.500 soldados; a las anteriores cifras hay que agregar los 180.000 soldados polacos y los 130.000 de Checoslovaquia. En cuanto al ejército ruso se calcula que comprende un total de 4.050.000 soldados, así distribuidos: 2.500.000 en el ejército de tierra, 600.000 en la Armada, 550.000 en las fuerzas aéreas y 400.000 en las fuerzas de seguridad. Se comprende fácilmente que ante esos datos numéricos de poco sirven las más agudas maniobras dialécticas.

Hay un extremo en las declaraciones citadas que merece especial consideración: es el pasaje en que Stalin afirma rotundamente que la O. N. U., tal y como funciona actualmente, constituye un auténtico instrumento de guerra. Para Stalin actúa en el seno de tal organización un bloque omnipotente, cuyo control es innegable; está integrado, de un lado, por diez de los doce Estados signatarios del Pacto Atlántico, y de otro por las veinte Repúblicas hispanoamericanas; ese conjunto de naciones lo denomina así Stalin: «Más que una organización mundial es un artillero norteamericano, actuando en servicio de los agresores yanquis.» Aun suponiendo ciertas las alegaciones y calificación de Stalin, siempre resultaría innegable que en el seno de la O. N. U. funciona un bloque homogéneo de treinta y dos naciones que no pueden considerarse como minoría, y aun cuando los datos numéricos no cuentan para un régimen totalitario cual el soviético, era preciso confeccionar una interpretación satisfactoria para el pueblo ruso, ya que en otro caso deducirían los eslavos que si un número tan elevado de naciones no coincide en nada con la Unión Soviética sería necesario determinar a quién alcanza la responsabilidad de la disidencia, si a los discrepantes o al Estado del cual difieren. Pero hay una imagen salvadora al alcance de la mano, y especialmente adecuada para pecar a un pueblo cual el ruso, adentrado en el sistema educativo de la suspicacia sistemática. Así, se dice que ese círculo de naciones discrepantes no representa otra cosa que un intento agresivo frente a la U. R. S. S. y un medio de malograr los planes pacíficos lanzados desde Estocolmo con gran aparato de propaganda. La reacción dialéctica no es nueva; ya fué esgrimida anteriormente, lo cual quiere decir que tampoco es original. Recuerda la posición de la Alemania nazista cuando se abriera paso la bien conocida política del *einkreisung* o poli-

tica de cerco que se aseguraba habían ideado los enemigos de Alemania. En el caso de Alemania existía, por lo menos, una apariencia de razón, ya que se decía que Alemania era un *Volk ohne raum*, un pueblo sin espacio, cosa que no puede aducirse a propósito de Rusia, cuya arma defensiva en todas sus guerras —tanto frente a Napoleón como respecto de Hitler— ha sido el espacio ilimitado, tan amplio que al mismo podía atraerse al enemigo, alejándolo de sus bases, calcinando previamente la tierra objeto de conquista y convirtiendo el epílogo de la guerra en imposible para el invasor. Mas todo ello no cuenta respecto de un pueblo al cual se le ha inculcado una especie de principio dogmático, a tenor del cual la agresión proviene del exterior, y frente a la misma, en potencia o en acto, no resta más remedio que la defensa.

Otro aspecto de las declaraciones stalinianas encierra un perceptible sentido intencional, que no por prominente deja de merecer un poco de insistencia. Stalin cree que la aglutinación de Occidente, si no segura es, por lo menos, más probable que en pasadas coyunturas, y como en las fisuras temáticas que hasta hace poco se apreciaban en el campo occidental encontraba base de sustentación la guerra fría, ahora se intenta extender por el mundo una tesis peligrosa y corrosiva a la vez: la de que una cosa son las decisiones de los Gobiernos occidentales y otra bien distinta lo que pueden hacer o impedir los gobernados. Ese disolvente lo manipula diestramente Stalin, al decir, primero, que la llamada intervención en Corea no puede terminar más que con la derrota de los intervencionistas, no porque los jefes y soldados de las fuerzas de la O. N. U. sean inferiores a los coreanos, sino «porque es difícil convencer a un soldado norteamericano de que los Estados Unidos tienen el deber de defender su seguridad en el territorio de Corea y en las fronteras de China, en tanto que China y Corea no tienen derecho a defender su seguridad sobre su propio territorio o en las fronteras de sus países». «Ello explica la impopularidad de esta guerra entre los soldados norteamericanos.» Nos parece inútil agregar que Stalin al pronunciarse en el sentido reseñado está diciendo lo contrario de lo que piensa respecto al epílogo de la guerra coreana. Sin duda por ello, y juzgando que sus pronósticos tienen mucho de arbitrario, apela a otra especie de arma secreta al decir: «La paz será conservada y consolidada si los pueblos toman por su cuenta la causa del mantenimiento de la

paz y la defienden hasta lo último. La guerra puede ser inevitable si los instigadores de la misma logran aprisionar las masas populares en una red de mentiras, a engañarlas y a comprometerlas en una nueva guerra mundial.» No puede darse una más clara incitación a la insurrección.

Es curioso que Rusia, al proponer la conferencia de los cuatro, parecía reducir los temas objeto de análisis a uno escueto: el rearme alemán. De tal modo es esto cierto que sin la preexistencia de los acuerdos de Bruselas decidiendo en principio en sentido afirmativo el problema del rearme alemán, tal sugerencia no hubiera sido realidad. Ahora, en las declaraciones que estamos glosando, no sólo dejó de aludirse al rearme alemán como tema singular y fundamental, sino que ni siquiera se menciona. Este cambio de frente dialéctico es tan sorprendente como difícilmente explicable, lo cual no quiere decir que resulte de imposible esclarecimiento. Rusia alegaba en apoyo de su tesis, opuesta al rearme alemán, lo acordado en Potsdam y Yalta, fingiendo ignorar que preexisten otros pactos más recientes y más concretos (los tratados de paz de 1947), que han sido claramente violados por Rusia al rearmar a sus satélites en volumen que conculca lo preceptuado en 1947; pero como la política internacional rusa es a la vez táctica y estratégica, por motivos tácticos se convirtió en alegación central la del rearme alemán, considerando que en Francia existía una corriente de opinión opuesta al rearme y que exaltarla y contribuir a obstaculizar el rearme alemán, no sólo depararía a Rusia la coyuntura de establecer ligamen dialéctico con ese sector francés, sino que le permitiría reforzar la corriente neutralista francesa, que en la neutralización de Alemania encontraría apoyo para fortalecer la tesis francesa del neoislacionismo. Mas no debe olvidarse que desde la fecha en que se hizo pública la iniciativa rusa en el sentido de convocar la reunión de los llamados «cuatro grandes» hasta el momento en que Stalin dictó su entrevista algo ocurrió en Occidente que no podía pasar inadvertido para Rusia; de un lado, el fortalecimiento de la tesis del rearme occidental, lograda en parte por la decisión norteamericana de votar créditos astronómicos para fines de preparación militar y conseguida al propio tiempo por la presencia de Eisenhower, respecto de la cual lo menos que puede decirse es que sirvió para situar en primer

plano el rearme de los signatarios del Pacto Atlántico y relegar para el futuro el problema de la participación alemana en la defensa de Occidente. Esta alteración de circunstancias vació de contenido dialéctico la primera iniciativa de Rusia, pero en el lugar que dejaba vacante esa eliminación brotó otro problema que ha de inquietar a Rusia; ello porque los occidentales, lejos de hurtar su aquiescencia al estudio del rearme, van a provocar tal polémica refiriéndose concretamente a la cuestión del rearme de los Estados que reúnen la doble condición de ser satélites de Moscú y ex aliados de Hitler, y que figurando por este motivo entre el número de naciones vencidas, a las mismas se aplican las cláusulas limitativas de los tratados de paz de 1947. Para ello formúlanse estadísticas, a las cuales hicimos referencia anteriormente. Rusia puede denegar la veracidad de esas cifras, pero su disenso deberá ser probado, y ello precisará de una comprobación mediante una encuesta llevada a cabo en Hungría, Rumania y Bulgaria; si Rusia se opone a que tal comprobación se lleve a cabo admitirá de modo implícito que se atribuye un derecho de tutela e intervención sobre esos Estados, y sería preciso preguntar cómo puede cimentarlo fuera del sistema, en este caso falto de fuerza probatoria, de los hechos consumados.

Alguien recuerda que otras declaraciones de Stalin (las que hiciera el 30 de diciembre de 1949 a Kinsbury Smith, director europeo de la agencia News Service) contenían en germen la medida, en cierto modo aquietadora, de la cesación del bloqueo sobre Berlín, acordada cuando se comprobara adecuadamente que el puente aéreo había malbaratado el intento soviético de cerco, y alegando esos antecedentes se piensa si ahora sería aún posible adentrar a los occidentales en diálogos dilatados y complejos, de suficiente duración para que en el decurso de los mismos se ofreciese adecuada coyuntura para que los propugnadores del amortiguamiento del rearme encontrasen base adecuada a sus intenciones dilatorias. Los que así arguyen piensan que Rusia no precisa provocar fisuras en el bloque occidental, sino ensanchar las grietas ya existentes; unas en el seno mismo de los Estados Unidos (polémica en torno al derecho del Presidente norteamericano a enviar tropas a Europa sin el previo consentimiento del Congreso), otras dimanantes de un modo distinto de enfocar los problemas de Extremo Oriente, que, como vimos, Lippmann trata de eliminar a.

través de su propuesta peregrina y por nosotros oportunamente valorada. Por eso se habla de maniobras de escisión, pero frente a tal alegación se nos ocurre aducir que si Rusia explota el complejo de la sedicente agresividad de Occidente, acaso en el mundo no incluido en el telón de acero se padece otro complejo no menos evidente: el de intentar aclarar las intenciones rusas, apelando para ello a procedimientos no menos misteriosos que los manipulados por Rusia. Creemos que si no toda la verdad, por lo menos una parte de la verdad puede encontrarse en las interpretaciones que precedentemente ofrecemos al lector de estas líneas.

CAMILO BARCIA TRELLES

